

MIQUEL COSTA EN LA CONCIENCIA DE HOY

El paso del tiempo.—A los casi cuarenta años de la muerte de Miquel Costa i Llobera su poesía no despierta, según parece, en los sectores más jóvenes la misma valoración crítica y el mismo entusiasmo que conquistó, no sin esfuerzo, la obra del poeta de Mallorca en el espíritu de la generación catalana de principio de siglo. Sólo entonces, a los quince años de la publicación de sus primeras *Poesies* (1885), la poesía de Cataluña comenzó a sentir y a proclamar el magisterio de Miquel Costa. Dicho magisterio debía mantenerse incólume e indiscutido por lo menos durante cuatro lustros: como una transfusión de ideales nuevos y un índice de nitidez formal no lograda antes, en el Principado; como el símbolo mítico de un *genius loci*, en su nativa isla.¹

¿A qué obedece aquella indiferencia, disconformidad o cambio de frente? No en vano se habla sin cesar del aura inconstante de modas y de escuelas que se persiguen la una a la otra y en seguida cambian. Sobre la poesía de Miquel Costa han rodado —escribe J. Pons—, en este último cuarto de siglo, las aguas de tantas modernidades y las nieblas de tantos silencios, que hoy hacen aparecer a este gran genio tutelar de nuestro más íntimo y venerable larario como un ser lejano y desconocido para las más jóvenes promociones externas a la profesión literaria.² Ya Joan Alcover aludió a «modas más o menos *fashionable*» al presentar la poesía de Llorenç Ribet.³ Pues bien; no faltará en la más reciente generación quien se declare cansado de claridades olímpicas, de ritmos mediterráneos, de cordura, de elegancia y de buen gusto, características de la poesía de Costa i Llobera, y pretenda afrontar la revisión del poeta. Cada cual, desde luego, es libre de rehusar lo que le estorba y hasta de poner en tela de juicio cualquier valor, mientras lo haga con lealtad. Que Costa sea un auténtico poeta, un poeta por temperamento, un puro poeta, no creo que nadie lo haya puesto en duda desde que su nombre, salido de la oscuridad, se impuso y se mantuvo en el primer plano que le confirieron Antoni Rubió i Lluch, Joan Alcover y Menéndez Pelayo y, más tarde, Josep Carner y Jaume Bofill i Mates.

¹ Sobre el proceso de valoración de la poesía de Miquel Costa, véase J. RUBIÓ I BALAGUER, *L'obra de Mn. Costa en la crítica del seu temps*, «Homenaje a Costa y Llobera en el XXV aniversario de su muerte» («Mediterráneo», Valencia, 1948), 57-66. Este y otros aspectos de la vida del poeta, aquí sólo aludidos, pueden verse desarrollados en B. TORRES, *Mn. Costa i Llobera. Assaig biogràfic* (Mallorca, 1936).

² J. PONS I MARQUÈS, *Introducció apologètica a M. COSTA I LLOBERA, Obres completes* (Barcelona, Biblioteca Perenne, 1947), IX-X.

³ J. ALCOVER, *Obres completes* (Barcelona, Editorial Selecta, 1951), 319.

¿Qué es, pues, lo que ha sucedido durante este medio siglo, que por sus crisis, sus guerras, sus decepciones y sus temores es uno de los períodos humanos más densamente angustiosos e interesantes?

Ciñámonos sólo al campo de la poesía. Miquel Costa y Joan Alcover ocupan, por derecho propio, el doble consulado o la diarquía de aquella modalidad poética que la crítica ha ido etiquetando con el apelativo de «escuela mallorquina». El apelativo, mera fórmula encerrada en caja de oro, que debió de nacer alrededor de 1900 en el Principado, también ha sido repudiado, y en cierto modo con razón, por aquellos que, dentro de la actual poesía de Mallorca, podríamos denominar —acudiendo a un vocablo que refleja idéntico fenómeno en la poesía latina— los «neóteroi», los más jóvenes o los más nuevos. No sería fácil definir en qué consiste esta escuela, surgida «frente al modernismo peninsular, de ascendencia germánica y simbolista, invertido y confuso»,⁴ la única que, por su carácter y por sus condiciones geográficas, perdura hace medio siglo con un resultado diferencial y específico, con un significado casi étnico; notemos, con todo, que la misma definición, aun la más aproximada, sería innecesaria: no es una capillita, ni un credo con sus módulos, ni un coto cerrado, ni una circunferencia cuyos poetas equidistan de un punto interior llamado Costa.

Si debiéramos dar alguna noción afirmativa sobre dicha escuela, podríamos decir que es un punto luminoso, formado por diversas directrices coherentes y abierto a todas las inquietudes y posibilidades realmente artísticas.⁵ Mientras tenga un continuador ágil y concienzudo no será un estanque soñoliento, como se ha pretendido, sino una corriente viva, capaz de incorporar a su caudal las experiencias más avanzadas nutriéndolas con toda la fuerza de su diafanidad. El mismo Costa, heraldo y profeta de la escuela, le indicó el programa de su incesante evolución, de sus conquistas, de sus hitos invisibles y, en una palabra, de su pluralidad, en la insuperable horaciana «Als joves», tantas veces invocada:⁶

Fills d'una raça dreturera i forta
que unia el seny amb l'ímpetu,
no renegueu de vostra sang... Oprobi
pel fill que n'és apòstata!

Siau qui sou, mes no atiant vells odis
de raça, ni amb emfàtiques
declamacions lloant tot lo que és vostre,
fins les mateixes úlceres...
Siau qui sou; mes no us tanqueu, ombrívols,
dins una llar històrica
sense horitzons. Volau sobre les terres
enfora, amunt, com l'àguila!

⁴ J. FUSTER, *La poesia catalana* (Palma de Mallorca, Ed. Moll, 1956), II, 66.

⁵ Véase M. DOLÇ, *Pròleg a M. VILLANGÓMEZ I LLOBET, Els dies, Poemes* (Barcelona, La Revista, 1950), 7.

⁶ M. COSTA, *Obres completes* cit., 128. 130.

El poeta, por consiguiente, respira e impone, como ley biológica, un constante afán de renovación. El programa, pindáricamente esbozado, pero esbozado a gritos, en estos versos, es expuesto con mayor precisión en diversos pasajes de una memorable conferencia que pronunció Miquel Costa, a sus cincuenta años, en el Ateneo de Barcelona. Confesaba entonces:⁷ «Puc assegurar-vos que les innovacions, lluny de repugnar-me com a algú, m'encanten i em refresquen l'esperit com una regor de juvenesa. Ah! les innovacions, que vinguen en bona hora; però que no sien deformacions.» Y más adelante: «Guardem lo antic i lo usat, si realmente és bo, i no rebutgem lo novell, si en veritat és admissible. La intransigència s'ha de reservar per a lo dolent i monstruós.» Bendecía las innovaciones y las restauraciones, que ensanchan el horizonte de la poesía; sólo exigía una limitación artística: la de respetar la esencia de las cosas; en el respeto de esta esencia cifraba él la novedad variada y eficaz, mientras en una de sus más significativas *Líricas* castellanas, «A un poeta ignorado»,⁸ escrita en 1892, a sus treinta y ocho años, resumía así su trayectoria poética:

Para mí no fue el arte vano aliño,
disfraz vistoso que arrancase aplausos
en la escena del mundo; fue sincero
culto del alma, fue pasión sentida
por lo bello y sublime, puro y grande.
Canté lo que sentí. Pobres y oscuros
son mis cantos, lo sé: mas vibra en ellos
algo siquiera de verdad viviente,
algo fiel y que es propio.

Y la poesía mallorquina —dejando, a fin de evitar prejuicios, la palabra «escuela»— se ha mantenido fiel, gloriosamente fiel, al sabio mensaje. Su desarrollo orgánico, quizá demasiado homogéneo, durante medio siglo acusa una serie de novedades, de enriquecimientos, de influencias, hasta de reacciones. Su liquidación, en consecuencia, queda todavía lejana. La antorcha de una palpitante tradición que sus representantes se han pasado de uno a otro —como en el deporte helénico de la *lampadedromía*—, ilumina un extenso panorama de experiencias diversas y hasta divergentes. Sin salirnos de la misma obra de Miquel Costa, ¿se han observado alguna vez las características diferenciales que existen entre «El Pi de Formentor» y «Crepuscle a la vora del Nil», dos mojonos separados por treinta y tres años de aventura lírica? El mismo, en realidad, acaudilla con su ejemplo varias direcciones o rutas de poesía.

Contenido de la poesía de Miquel Costa.—Las generaciones poéticas posteriores, a menudo tan olvidadas y apenas citadas en las antologías,⁹ han afirmado la renovación del clima, el progresivo enriquecimiento del legado. Si intentáramos trazar un esquema, desafiando los riesgos que toda sinopsis implica, me atrevería a proponer,

⁷ M. COSTA, *Obres completes* cit., 442.

⁸ M. COSTA, *Obres completes* cit., 775.

⁹ Aquellos «poetes que ningú cita», según escribía con su esporádico humorismo M. FERRÀ, *Per recordança* (Ciutat de Mallorca, 1946), 27.

como hice más brevemente en otra ocasión,¹⁰ que a lo largo de este medio siglo la poesía de Mallorca se ha visto dominada por la sucesión de cinco nociones hegemónicas: la de la idea, con Miquel Costa; la del sentimiento, con J. Alcover; la de la imagen, con Ll. Riber; la de la elegancia, con M. Ferrà; la de la palabra, con B. Roselló-Pòrcel. A pesar de las objeciones, sin duda numerosas, que pueden hacerse a este esquema elemental e incompleto, creo que es uno de los más aceptables, porque dibuja un ámbito cultural. A través de él no será difícil comprender la situación de la poesía de Miquel Costa ante la actual sensibilidad. Entre el culto de la idea, en efecto, y el culto de la palabra se interpone una amplia zona de valoraciones: se interpone, nada menos, un total cambio de postura en la misma concepción de la esencia poética.

Cotejemos sólo dos testimonios sobre aquellas dos nociones extremas, la de la idea y la de la palabra. Escribía hace treinta y cinco años J. Alcover: ¹¹ «La idea clara i precisa serà l'esquema primordial de la poesia que dient-se lírica participi de l'objectivitat èpica o dramàtica.» Desde luego, la idea no es la poesía; mas para la llama poética es indispensable el combustible, es decir, la idea. «Unes vegades el designi filosòfic, altres l'impuls sentimental, altres la imatge concebuda, altres la impressió de la realitat externa, són els elements despertadors o predominants [de la poesia].» Nuestro poeta, Miquel Costa, comulgó en la misma fe y la hizo visible y plástica en su *ars poetica*.¹² Hoy, en cambio, la poesía escarba y excava en las entrañas de la palabra, como si fuera ésta la única materia artística; se ha llegado a una poética de la palabra que sustituye, en realidad, el tradicional proceso poético de la participación afectiva, sentimental o discursiva por un proceso nuevo de invocación y de tensión, que da al poeta moderno la posibilidad de atraer toda operación lírica hacia el ámbito de un lenguaje extremadamente medido y cerrado. Un poeta puro del Novecento italiano, Arturo Onofri,¹³ ha resumido como un maestro esta nueva conquista, si así queremos llamarla, al afirmar: «La poesia non è musica né umanità né sentimento né nulla. La poesia tende ad eliminare da sè tutta la musica, per ridarsi integrale sotto specie d'immagine del Verbo. Scandire le immagini; basta con le sillabe. Nella poesia non c'è nulla da capire, da spiegare, da tradurre, da commentare, da divulgare.» Estas palabras nos lanzan de golpe hacia remotísimas y raras zonas de vida. Miquel Costa queda muy lejos de nosotros, sin duda haciéndose cruces.

Ahora bien, si decíamos que Costa es el poeta de la idea, es decir, el poeta de los objetos de pensamiento en tanto que pensados, no queremos decir, claro está, que la palabra, la elegancia, la imagen o el sentimiento, o sea, los otros cuatro conceptos que hemos desintegrado algo arbitrariamente en el análisis, se hallen ausentes o mermados en su poesía. Veámoslo con la máxima brevedad posible.

Todos los críticos coinciden en ponderar el lenguaje meditado, señorial y aristo-

¹⁰ Véase M. DOLÇ, *La singular poesia de Blai Bonet*, «Destino», núm. 853 (1953), 29.

¹¹ J. ALCOVER, *Psicología de la poesía lírica*, en *Obras completas* cit., 335.

¹² Véase la detallada exposición de su ideario en M. BATLLORI, *La trajectòria estètica de Miquel Costa i Llobera* (Barcelona, Ed. Barcino, 1955).

¹³ Citado por G. SPAGNOLETTI, *Poeti del Novecento. Antologia* (Mondadori, 1952), 21.

crático, académicamente seleccionado, sabio, casi técnico, a veces marmóreamente frío, de su obra artística; precisamente Miquel Costa dio, entre los primeros, al idioma esta definitiva categoría literaria que se había de consumir en nuestros días; en la depuración y en la fijación de la lengua literaria tiene su nombre un lugar preeminente entre los escritores de primera fila, lo que no quiere decir que, sometida a una investigación microscópica, no ofrezca su obra máculas y lagunas.¹⁴ En cuanto a la elegancia, sería difícil hallarla tan continua, tan pura y tan espontánea a lo largo de la obra de otro poeta. Por lo que respeta a la imagen, no relampaguea ésta, audaz o excitante, como un joyel de orfebre, en sus versos, pero actúa en ellos como uno de sus elementos más nobles, más vivos y más normales. El sentimiento, en fin, sin alcanzar aquella esfera vigorosa, casi trágicamente humana, de Alcover, responde en su poesía a la profundidad de su alma, a los más íntimos repliegues de su vida, a la interminable elegía de su conciencia, límpido, transparente y digno; en todos sus poemas aflora un entusiasmo, un sentido patriótico, un aliento humano que hacen vibrar hasta los moldes clásicos, remozados por Carducci, de sus *Horacianes*.

Con todo, estas cuatro notas, es decir, el sentimiento, la imagen, la elegancia y la palabra, parecen actuar siempre en razón de subordinación a una entidad superior: la idea. Todas las facultades del poeta, desplegadas con la más armoniosa plenitud, forman aquella poderosa unidad de pensamiento, perfectamente ejecutada, que es su sinceridad y su ley.

Clasicismo y romanticismo.—Menéndez Pelayo¹⁵ fue uno de los primeros en sentir «una onda de afectos cordiales y de grandes ideas», una «noble y altiva dignidad de pensamiento» en la poesía de Miquel Costa, concretamente en sus *Horacianes*. Después, la crítica quizá no ha insistido bastante en el valor de estos conceptos. Creo que el secreto de su obra hay que buscarlo aquí. De esta vigorosidad de pensamiento nacen las dos cualidades, opuestas, pero en nuestro caso complementarias, que con más ahinco se han señalado en el poeta: la majestad clásica y el fervor romántico. Miquel Costa, como ningún otro poeta de su tiempo, supo unir estos dos extremos en el centro de una indiscutible grandeza. Hasta los acusa su métrica, que es fundamentalmente clásica y romántica, a excepción de unas pocas innovaciones, siempre logradísimas, como las estrofas de «El Gorg blau», de «L'enyorança de la cativa» o de la inefable «Cala gentil». Aisladamente, en cambio, ninguno de aquellos dos extremos podría explicarlo.

Si no es en un amplio y elevado sentido —ya lo subrayaba M. Ferrà—¹⁶ el vocablo clásico le viene estrecho a Miquel Costa, que conoce demasiado el «infinito anhelo» cristiano y las «nostalgias íntimas del alma». Su clasicismo, en efecto, se acusa sólo en la estructuración arquitectónica de los pensamientos, en el equilibrio de las visiones y de los juicios, en el sentido siempre ágil de la templanza y de la

¹⁴ Yo mismo las he señalado en una antología comentada del poeta, que permanece inédita.

¹⁵ Citado por J. ALCOVER, *Obras completes* cit., 190.

¹⁶ M. FERRÀ, *Pròleg a M. COSTA I LLOBERA, Antologia poètica* (Barcelona, Biblioteca Selecta, 1948), 14.

medida, en la cordial interpretación del arte y de la naturaleza, en el gusto decorativo y cromático,¹⁷ en la imperturbable serenidad de la forma que le ha valido a veces la injusta censura de cultivador de la forma por la forma, como si fuera un autómatas. —lo que no excluye en su obra la presencia de parásitos de vocabulario y de imágenes o clisés inveterados—. Por esto su poesía nos sugiere siempre el recuerdo de una estatua viva, de un paisaje rico y perfecto, de un águila fija en el sol, de un crepúsculo romano que dora ruinas milenarias. En vano buscaríamos, por el contrario, en su dicción las policromías y fulguraciones de la retórica modernista, que le fue contemporánea, cosa que nadie sospecharía si no supiera los paralelos cronológicos; en vano buscaríamos aquellos «pomposos tesoros de la miseria», en suma, que él mismo quería tan lejos de la juventud. Su lengua poética refleja casi siempre la corrección de la sintaxis y del vocabulario normales, sin sutilezas ni refinamientos ni búsquedas etimológicas o arcaicas. No le domina nunca clase alguna de sibaritismo estético; mientras sabe rendir culto permanente a la belleza y a la sabiduría antiguas.

Sin embargo —y he aquí lo esencial—, no es clásico su espíritu, como tampoco lo es en rigor el de Virgilio: en los clásicos es más vivo el sentido conceptual que les da geometrías clarísimas de sólidos. El fervor romántico alienta de un extremo al otro en la poesía de Miquel Costa hasta en los momentos en que la acumulación de efectos expresivos y conceptuales debería crear un clima puramente clásico. Bastaría recordar, a este respecto, su horaciana «A Virgili», elaborada con destellos de este «rey de la soledad», es decir, con imprecisión, sentimiento y melancolía. Citemos un fragmento:¹⁸

L'on. esperit corprèn. Té l'hàlit. verge
de les selves balsàmiques, l'augusta
pau de les blaves ombres que s'estenen
de puigs altívols, mentre el sol declina
i munta. el fum de les humils cabanes...
Té la frescor del rou, l'unció que duen
les plantes de virtut benefactora,
la sanitat del camp en ple consorci
del bon treball i la feconda terra.
Té el vel de la celístia, el tendre càntic
de Filomela dolçament planyívol,
l'efusió de les fonts, la llum serena
de l'estel dels pastors a la vesprada.

Es más: hasta cuando ha de escribir su poema capital, de fondo helénico, *La deixa del geni grec*, el poeta no acude —*mirabile dictu!*— a la inagotable fuente natural de la *Odisea*, sino al fantástico sentimentalismo romántico de Pablo Piferrer y a ciertos recuerdos de los *Poèmes barbares* de Leconte de Lisle:¹⁹ de donde la falla, el fracaso, a mi juicio, del bellissimo poema. El ancho aliento de Victor Hugo se siente

¹⁷ Sobre las coloraciones en el poeta, véase M. DOLÇ, *El color en la poesia de Miquel Costa i Llobera*, «Estudis Romànics», IV (1953-1954), 1-94.

¹⁸ M. COSTA, *Obres completes* cit., 113.

¹⁹ Véase M. FORTEZA PINYA, *La deixa del geni grec*, «Homenajes» cit., 39-49.

en no pocas composiciones de Miquel Costa, como en la patética grandeza de «L'antic profeta vivent», que se cierra con la arrolladora evocación apocalíptica:²⁰

I mentres al cel pugí la víctima triomfal,
apuntará ja l'alba suprema del Judici.

De igual modo, «La vall» rebosa de ternura lamartiniana. Si «L'arpa» deja filtrar, por un lado, influencias germánicas, su réplica, «El poder de l'arpa», tiene un origen parecido al de «La providence à l'homme» del autor de las *Méditations poétiques*. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Conviene, sin embargo, determinar bien los límites del romanticismo de nuestro poeta, a fin de no atribuirle un encasillamiento fácil y cómodo, pero insuficiente por la inexactitud. Los románticos franceses, junto a Manzoni, son una de sus lecturas predilectas: esto es innegable. Entre sus contadas traducciones las hay de Lamartine y de Víctor Hugo, así como de Schiller; en una de sus más sugestivas líricas castellanas, «En las catacumbas de Roma», imita impecablemente las estrofas del autor de la oda «Il Cinque Maggio». Junto a los libros santos, Dante, los poetas latinos, los clásicos catalanes y castellanos, influyen evidentemente en su poesía, además de Carducci y de los parnasianos franceses, Lamartine, Víctor Hugo, Schiller y Manzoni.

Sería ociosa, sin embargo, la empresa de querer sorprender en la dimensión humana o artística de Miquel Costa ni una sola de las notas más típicas de los famosos románticos: el brillante instinto de improvisación de Lamartine, que no le dejaba dar la última perfección a los versos, víctimas de la voluptuosidad perezosa de un talento demasiado ricamente dotado, lleno de sentimiento, pero vacío de ideas, de percepciones y de hechos; o la soledad y la amarga angustia, pesimista, casi insensible, de Alfred de Vigny; o la invención oceánica, la tumultuosa feria de versos sonoros, de ritmos, de metáforas y de símbolos de Víctor Hugo.²¹ El romanticismo de Miquel Costa, nutrido de amor a las criaturas y de gratitud al Creador, es un fenómeno muy distinto; sus predecesores directos hay que buscarlos, dentro del mismo ámbito geográfico y humano, en J. Ll. Pons i Gallarza o en M. Aguiló. En Pons i Gallarza, por otro lado, puede verse un antecedente del mismo clasicismo insular que Miquel Costa renueva y levanta a una cima luminosa. El poeta de Pollensa, un talento, casi un genio, que se basta a sí mismo, sólo tomará de aquel movimiento revolucionario lo que responde justamente a sus facultades, a su infinito anhelo cristiano y a las nostalgias íntimas de su alma, nunca la indisciplina y la anarquía que el verdadero romanticismo exaltó hasta la rebeldía contra las leyes biológicas.

Encontraremos, por tanto, en el romanticismo de Miquel Costa cierta valoración de la temática medieval o arqueológica: recordemos sólo, en el terreno de su poesía narrativa, los poemas *La gerreta del catiu* o *Castell del rei* y, en el de la lírica, las

²⁰ M. COSTA, *Obres completes* cit., 50.

²¹ Véase G. LANSON, *Histoire de la littérature française* (París, Hachette, 12.^a ed.), 949-950, 955, 958-959. Algunas observaciones muy justas sobre el romanticismo de Costa, en J. ESTELRICH, *Costa i Llobera*, «Homenajes» cit., 31-38, especialmente 36.

piezas «A un claper de gegants» o «L'arpa»; o bien el sentimiento de fusión con la naturaleza, delicado, melancólico y flúido, de carácter virgiliano, que se abandona al curso de las cosas y hasta a los ensueños de la geología y que será, a partir de él, magnífico transfigurador de las riberas, de las montañas y de los árboles, un principio de la «escuela», heredado por J. Alcover, M. dels S. Oliver, Ll. Riber, M. Ferrà, Maria Antònia Salvà, G. Colom; o bien el gusto por los soberbios cuadros de conjunto, por las composiciones con tesis y por las construcciones de impulso mítico o legendario, que nos procuró las evocadoras joyas de «La cançó de Na Ruixa-Man-tells», «La ribera de canten-i-dormen», «L'era d'Escorca»; o bien, en fin, la introducción de la poesía del corazón, frente a la poesía de los sentidos, que inaugura su *imperium* con el grito, nunca oído antes, *Mon cor estima un arbre!*, milagro de simplicidad, umbral de una época nueva. Notemos que entre los verbos preferidos por el poeta descuella *corfondre*, intraducible, síntesis de todas sus vivencias.

Perennidad de su poesía.—He aquí por qué se nos hace tan difícil poder catalogar al poeta, como hombre y artista limitado, en el recinto de una tendencia o de un movimiento. El solo, independiente en el fondo, supo extraer del clasicismo asimilado —a veces, quizá, indirectamente— y del romanticismo vivido una savia conjugada, capaz de nutrir, en toda su altura y anchura, uno de los árboles más poderosos del paraíso lírico catalán. Su poesía se eleva siempre ágil y viril, en líneas puras, como los pinos de su amada península de Formentor. Nacido al mundo de las letras en plena euforia romántica, sacó de esta tendencia la medula de los elegidos. Su sinceridad poética le libró de nublar sus cualidades de observador, de paisajista y de místico con incoloras vaguedades. Por ello su romanticismo es uno de los más amables, templados y exquisitos que se han producido.

El ambiente clásico, a su vez, tan vivo en las islas, le dio la medida exacta de las cosas, la conciencia escrupulosa, la invariable elegancia del espíritu, la *breuitas* de los latinos y aquella serenidad tan distinta de la «ataraxia», no siempre tranquila, y menos lacustre, sino activa y conquistada, que le envuelve por completo en un prestigio extraordinario. Paul Valéry parece haber pensado en nuestro poeta cuando precisaba: «Un romántico que ha aprendido su arte se torna un clásico.» Resumiendo magistralmente esta exposición, que aquí sólo ha sido diseñada, declara C. Riba²² que Costa i Llobera, J. Alcover, J. S. Pons y M. A. Salvà aportan, entre otros valores, un inimitable sabor, una impresionabilidad de la imaginación, vivificadas ora por la poesía hebraica, ora por la latina o provenzal. Son clásicos que no se convierten en clasicistas, que todo lo han resuelto por la hegemonía del cañon. En este aspecto no hay en catalán una poesía más humana que la de Alcover, y difícilmente hay poemas más inefables que una «Cala gentil» de Miquel Costa. Todo el cántico de Miquel Costa, en suma, es creación viva, emoción, reflexión, lucha, llanto y a veces sangre. Costa no hace literatura; su poesía es, en una palabra, la imagen del hombre; es, ante todo, un estado afectivo.

Y ¡qué humanidad la suya! No podían tentarle ni el artificio falso y convencional del floralismo ni el esteticismo de unas minorías dudosas: por ello nadie diría que

²² En J. TRIADÚ, *La poesia segons Carles Riba* (Barcelona, Ed. Barcino, 1954), 62.

fuera contemporáneo de movimientos tan absorbentes como el modernismo o el simbolismo; él supo persistir en su mística poética, en su casi fabulosa integridad. Si es académico lo es en el sentido más limpio de la palabra, como un mediterráneo, por su dominio sobre lo efímero y por la armonía interna de su vida y de su obra.²³ El estudio, el cultivo, la escuela podían únicamente dirigir su impulso nativo y orientar su infalible vuelo lanzado desde «El Pi de Formentor». Confiarse a sí mismo era la norma única, no impuesta por academias ni retóricas. Y el poeta siguió su camino sin vacilación ni complejidad.²⁴ De su espíritu sano, de su inteligencia clarísima, de su sencillez y de su humildad había de tomar pureza toda su obra, una obra que parece realizar aquel concepto de Novalis cuando definía que «la poesía es la realidad absoluta; cuanto más poética es una cosa más verdad es».²⁵ El poeta defendió más que ningún otro el respeto por la esencia de las cosas como único principio comprensivo de la forma poética.²⁶ Por esto mismo, «en ningún otro poeta —como escribía M. Ferrà—,²⁷ si no es en el propio J. Maragall, encontraríamos como en los momentos efusivos de M. Costa la sugestión de lo inefable, la comunión religiosa con la naturaleza, el puro sentimiento, el estado de gracia».

A esta alma excepcional, gloria de cualquier literatura, debemos por lo menos una docena de poemas que ningún cambio de moda y ninguna apatía podrán dejar nunca de considerar como ejemplares eternos de poesía, dignos de cualquier serie antológica. Si al intentar mencionar los títulos de estos poemas no nos ponemos enteramente de acuerdo, el desacuerdo es aquí garantía del mismo valor, mucho más extenso de lo que creemos, de tal poesía: no podrían faltar, sin embargo, en la lista, obras esenciales, reconocidas por todos, como —además de «El Pi de Formentor»— «A Horaci», «Mediterrània», «Entrada d'hivern», «Als joves», «Damunt l'altura», «Temporal», «Vagant pel bosc», «Cala gentil» o «El Gorg blau», aquel prodigio de sensibilidad que se abre con una pincelada brusca de despedida para sumergirnos de pronto en un paraíso:²⁸

Adéu, tristor encastellada
del pla de Cúber i Almalutx!
Seguint arreu l'aigua que fuig
d'aqueixa terra desolada,
soprèn mos ulls la portalada
d'un paradís..
L'aigua s'atura a son encís
i com que diga: *reposau*.
—Dolça és la calma del Gorg blau!

Este mensaje poético intenso, pudoroso e inquietante, ¿no traerá todavía una palabra lúcida y coherente a la actual generación? ¿No es el recuerdo de Miquel Costa

²³ Véase J. M. CAPDEVILA, *Poetes i crítics* (Barcelona, Catalònia, 1926), 44.

²⁴ J. M. CAPDEVILA, *Poetes i crítics*, 43.

²⁵ Citado por O. CARDONA, *Com és la poesia* (Barcelona, Ed. Barcino, 1953), 7.

²⁶ M. COSTA, *Obres completes cit.*, 441.

²⁷ M. FERRÀ, *Pròlech a M. COSTA I LLOBERA, Poesies* (Barcelona, Il·lustració Catalana, s. a.), 6.

²⁸ M. COSTA, *Obres completes cit.*, 57.

como una invitación perseverante a la simplicidad, a la belleza, a la salud ética y estética que nos falta? Para gustar el espíritu de la antigüedad reclamamos a menudo el deber de despojarnos de los hábitos literarios modernos; y ello es también forzoso, no ya elegante o correcto, en la debida gama, al acercarnos a cualesquiera de nuestros escritores de cincuenta o de treinta años atrás, sin los cuales nosotros no seríamos lo que, gracias a Dios, somos todavía: o lo que ya somos, lo mismo da.

No olvidemos un hecho, un solo hecho entre muchos. Más de una futura conquista de nuestra lírica tiene en Miquel Costa su punto de partida; sin la nobleza íntima de su inspiración y de su estética no podríamos explicarnos diversos tipos poéticos posteriores ni el desarrollo de verdaderas tendencias que la moda ha hecho triunfar; a Miquel Costa se debe particularmente la entronización del sentido humanístico en la «Renaixença» catalana. Muchos de sus poemas tienden sólidos puentes hacia las fronteras actuales, prolongan antenas sumergidas en la sensibilidad moderna y en la de todos los tiempos. De aquí que Miquel Costa permanecerá siempre en un estado de apología. Su poesía, en suma, podrá ser sometida sin cesar al capricho de cualquier fluctuación de elementos literarios, a la luz de cualquier tentación, definición o movimiento. La perennidad poética de Miquel Costa debe ser un índice de cultura entre la progresión de escuelas, de directrices y de valores, en cualquier tiempo y lugar.

Sólo este hecho merece el respeto y la admiración de todos. Porque la nobleza de Miquel Costa i Llobera se le adentraba hasta el alma, exenta de convencionalismos y de paraísos artificiales, su arte había de resplandecer con aquella luz hecha de tonos claros, de nitidez y de pulcritud, que sólo poseen las obras que no se marchitan ni mueren, las obras de los antiguos. Por encima de las mareas, de las pálidas ansias, de los cambios y de las posiciones equívocas, la imagen del «héroe» de su horaciana, símbolo de la propia aventura del poeta, sigue defendiendo su luminosa inmortalidad:²⁰

Es ell! Du'el signe de la victòria...
 Podrà en la lluita caure i ser víctima,
 mes ningú podrà mai arrancar-li
 l'estel del front que un ideal fulgura.

MIGUEL DOLÇ

²⁰ M. COSTA, *Obres completes* cit., 131.